

---

# Introducción a la historia de la cultura contemporánea

---

PID\_00245921

Jaume Claret Miranda  
Manel López Esteve  
Joan Fuster Sobrepera

**Jaume Claret Miranda****Manel López Esteve****Joan Fuster Sobrepera**

Segunda edición: septiembre 2017  
© Jaume Claret Miranda, Manel López Esteve, Joan Fuster Sobrepera  
Todos los derechos reservados  
© de esta edición, FUOC, 2017  
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona  
Diseño: Manel Andreu  
Realización editorial: Oberta Publishing, SL



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0. Se puede copiar, distribuir y transmitir la obra públicamente siempre que se cite el autor y la fuente (Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya), no se haga un uso comercial y ni obra derivada de la misma. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

## Introducción

Etimológicamente, *historia* deriva del griego (ἱστορία) y definía el aprendizaje o el conocimiento del pasado. Poco a poco, esta referencia se amplió hasta incluir la disciplina centrada en el estudio y la narración de aquel pasado. Una disciplina que, a su vez, ha sufrido una importante evolución: desde el descubrimiento, la recopilación y la organización iniciales de los acontecimientos con voluntad de discernir entre realidad y leyenda, hasta la investigación actual, que aspira a una mejor comprensión de la causalidad de los fenómenos a partir de un discurso crítico de análisis.

La historia se ha situado tradicionalmente dentro del campo de las ciencias sociales, pero con una clara voluntad de puente hacia las humanidades. Pese a tener la objetividad como horizonte deseable, nunca ha habido una historia imparcial. Desde siempre, quien escribe historia lo hace desde su propio tiempo, en el contexto de unas ideas dominantes y a menudo con la voluntad de extraer lecciones para el presente. En palabras del historiador italiano Benedetto Croce (1866-1952): «toda historia es historia contemporánea».

Por eso, más allá de las definiciones asépticas de los diccionarios, la historia se ha destacado por su papel a la hora de fijar una memoria colectiva. A menudo, esta función ha estado estrechamente vinculada a la legitimación del orden político y social vigentes. Sin embargo, al mismo tiempo, y por contradictorio que parezca, también ha ayudado a preservar las esperanzas colectivas de los contrarios a ese mismo orden.

La historia nació como testigo de la alianza entre un pueblo y sus dioses con la mediación, necesaria según el relato ortodoxo, de reyes y sacerdotes. Este relato se laicizó durante la época grecorromana gracias a figuras como los griegos Heródoto de Halicarnaso (c. 484 a. C. - 425 a. C.) y Tucídides (c. 460 a. C. - c. 395 a. C.), pero el advenimiento del cristianismo recuperó la interpretación en clave religiosa. Este vínculo se mantendría durante la edad media y con las monarquías absolutas posteriores, como sucedió en España, donde la Real Academia de la Historia fue instituida por Felipe V en 1738.

El Renacimiento, y sobre todo la Ilustración, permitieron pasar progresivamente de la crónica de príncipes a una nueva entidad civil de la historia con una clara dimensión crítica. A finales del siglo XVIII, la pura acumulación de datos y curiosidades daba paso a una creciente ordenación por medio de criterios cronológicos, geográficos y temáticos. Progresivamente los historiadores escribían para un público cada vez más amplio, contribuyendo a configurar la aparición de una primera y limitada opinión pública.

Allí donde las revoluciones liberales triunfaron, los nuevos estados nacionales promovieron el establecimiento de un relato histórico en el que la sociedad civil, principalmente la burguesía ahora dirigente, reemplazaba a los señores feudales y a los soberanos absolutos (ilustrados o no). La historia se convertía en una ideología laica. Por un lado, los diferentes partidos y el sistema liberal mismo buscaban en el pasado sus antecedentes históricos para autolegitimarse. Por otro, la conceptualización y métodos propios de la historia pasaban a ser asumidos por el resto de las ciencias sociales.

A pesar de que todavía estábamos ante aproximaciones a menudo historicistas y románticas, el peso y el prestigio de la historia no dejaban de crecer dentro de la sociedad. Surgía la convicción de que la recuperación y el conocimiento del pasado ayudarían a la construcción del presente y a la identificación nacional. Dentro de este programa para crear una conciencia colectiva, la historia pasó a formar parte de la enseñanza como disciplina y como parte del currículo académico. Con el siglo XIX aparecen las primeras cátedras de historia en las universidades europeas, cuyos contenidos históricos se insertan ya en los programas de los diferentes niveles educativos.

En el caso español, donde el liberalismo sufrió para imponerse, esta institucionalización se retrasa bastante. Esto hace que en general los manuales de la época presenten un bajo nivel de investigación y teorización y una cierta obsesión por la edad media en detrimento de la moderna, puesto que el objetivo principal era la generalización de una cultura nacional basada en una imagen de la historia de España de talante básicamente literario y especulativo. Además, el providencialismo cristiano y el progreso lineal devienen el sustrato subyacente a unas obras que, paradójicamente, obtendrán una gran difusión.

Hay que pensar que no será hasta la Ley Moyano (1857) cuando se creen las dos primeras cátedras de Historia Universal e Historia Crítica de España. Estas, junto con la Real Academia de la Historia, constituyeron la débil estructura académica española del periodo. Hasta la Restauración, con la Ley de García Alix (1900), no llegó el reconocimiento jurídico de la sección de Historia dentro de las facultades de Filosofía y Letras. Poco a poco, el contacto con el extranjero, los movimientos de reforma universitaria y la influencia de otras disciplinas permitieron que evolucionase la historiografía española, con figuras tan relevantes como Rafael Altamira (1886-1951).

Volviendo al relato general, la primera mitad del siglo XX significó la crisis del modelo historiográfico reinante hasta entonces. La fragmentación y las dudas debilitaron la disciplina como explicación global y coherente. El positivismo y la fe en el progreso entraban en decadencia. Como veremos más adelante, a partir de este momento, escuelas e interpretaciones se sucedieron en el campo historiográfico.

Aun así, la historia nos envuelve y se mantiene como una de las fuentes más eficaces de convicción y de formación de opinión. Por eso no nos podemos permitir despreocuparnos de su función social. Pensar históricamente, en feliz expresión del historiador francés Pierre Vilar (1906-2003), sigue siendo la mejor manera de entender y encarar los problemas reales que afectan a las personas y a las sociedades de ayer y de hoy; siempre que esta práctica vaya acompañada de unos fundamentos teóricos y metodológicos sólidos.

Hoy sabemos que no hay una sola corriente de progreso irrefrenable y determinista, sino un haz de trayectorias diversas que se combinan y se contraponen. De la vieja tradición narrativa, positivista, de encadenamiento secuencial de causa a efecto y con una visión lineal del progreso, se ha pasado a una historia más rica que analiza los acontecimientos históricos como el complejo resultado de la interacción de fuerzas muy distintas.

En cada momento no ha habido un camino único, sino cruces que habrían podido dar resultados finales diferentes. No solo la interpretación del pasado no está predeterminada. Tampoco la del futuro. Sin embargo, esto nos conduce a abrir nuestro análisis a otras realidades (menos eurocentrismo, más voz a otros colectivos hasta ahora olvidados o marginados, menos apriorismos, más sensibilidad, etc.). En palabras del historiador catalán Josep Fontana:

«Del mismo modo los historiadores, al trabajar con la memoria colectiva, no se dedican a recuperar del pasado verdades que estaban enterradas bajo las ruinas del olvido, sino que usan su capacidad de construir “presentes recordados” para contribuir a la formación de la clase de conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del momento, no sacando lecciones inmediatas de situaciones del pasado que no tienen que repetirse, como se suele pensar, sino creando escenarios en los que sea posible encajar e interpretar los hechos nuevos de su cognoscibilidad, cuando “se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro”».

Las próximas páginas os quieren acompañar por un doble recorrido. Por un lado (apartado 1), el viaje a través del nacimiento y las vicisitudes de la historia cultural, con atención especial a los principales autores, obras y escuelas que han configurado la disciplina en general y el área de nuestro interés en particular. Por otro (apartado 2), un repaso de cómo la historiografía se ha aproximado al tiempo presente, cuyos debates más recientes se incluyen en él. Porque, como se destaca en el apartado 3, todo ello no hace sino constatar que la historia está más presente que nunca.

**Nota**

En la parte final, se incluye un anexo con una selección cronológica de los libros más relevantes de la disciplina, citados también a lo largo de estas páginas.

## Contenidos

Módulo didáctico 1

### **Introducción a la historia de la cultura contemporánea**

Jaume Claret Miranda, Manel López Esteve y Joan Fuster Sobrepera

1. La historia cultural
2. La historia de la contemporaneidad como problema
3. La historia de la cultura en la era de la información